



HORNACHUELOS

(Ribera del Fresno, Badajoz)

-Guía del Yacimiento-

ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ

HORNACHUELOS

(Ribera del Fresno, Badajoz)

-Guía del Yacimiento-



ÍNDICE

Introducción	1
Hornachuelos: Localización y Entorno Actual	2
La Primera Ocupación de Hornachuelos	4
La Ocupación Romana: El <i>Oppidum</i> de <i>Fornacis</i> ^(?)	5
El Sistema Defensivo	7
Las Casas	8
Los Ritos Funerarios	10
<i>Fornacis</i> ^(?) y su Territorio	13
Conquista y Romanización del Guadiana Medio	15
Bibliografía	19

INTRODUCCIÓN

En 1986, se realizó con carácter de urgencia la primera intervención arqueológica en Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz), con motivo de los destrozos causados por los clandestinos en un sector del yacimiento. Hasta entonces, el sitio prácticamente había pasado desapercibido para la investigación, si bien algunas referencias en la literatura arqueológica de finales del siglo XIX y mediados del XX daban fe de su existencia. Todas ellas, no obstante, se referían al descubrimiento en circunstancias poco claras de una inscripción funeraria, ya desaparecida, publicada por el Marqués de Monsalud (1898) en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. A pesar de las limitaciones que presentaba la pieza y tomándose ciertas licencias de transcripción propias de la época, Monsalud



relacionó dicho epígrafe con el epitafio de un tal *Marco Arruntio*, adscrito a la tribu *Galeria* y natural de Beja, erigido por un liberto agradecido llamado *Lucius Arruntius Cronus*, o *Trophimus*, según la propuesta hecha por Hübner a partir del calco del Marqués. Años más tarde, dicho hallazgo sería recogido por J. Ramón Mélida (1925) en su *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz* y, finalmente, por J. Mallon y T. Marín (1951) en la

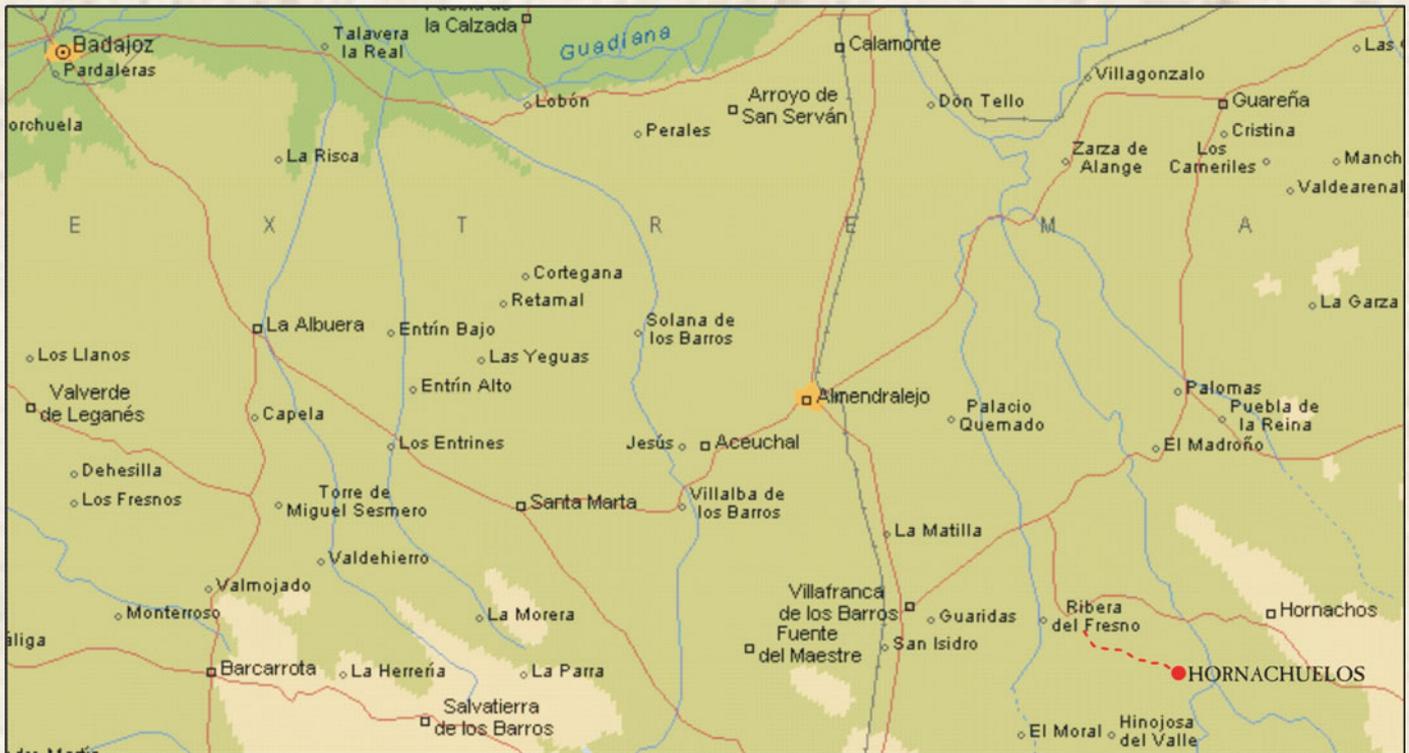
recopilación que hicieron en los años cincuenta de *Las inscripciones publicadas por el Marqués de Monsalud entre 1897 y 1908*.

Prácticamente con estos únicos precedentes bibliográficos y las referencias sobre la existencia de varias colecciones particulares de materiales (principalmente numismáticos), se acometió a mediados de los ochenta la referida excavación de urgencia en Hornachuelos. Tras valorar el potencial investigador del sitio, la continuación de los trabajos pasó por el desarrollo de un proyecto investigador que se prolongó hasta 1997. Los objetivos principales de dicho proyecto se concretaron en la reconstrucción del entorno ecológico y arqueológico de Hornachuelos, el estudio de sus diferentes fases de ocupación, la valoración de su necrópolis y, sobre todo, la integración de los resultados en el proceso histórico regional. En 2002, estos aspectos se completaron con una actuación de acondicionamiento y difusión del yacimiento, integrada en el Proyecto "Alba Plata" de la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura.



HORNACHUELOS: LOCALIZACIÓN Y ENTORNO ACTUAL

Hornachuelos se localiza en el sector central de la actual provincia de Badajoz y, por tanto, en plena Cuenca Media del Guadiana. Su situación geográfica responde a las coordenadas 38° 31' 40" N; 2° 28' 38" W-Madrid- (MTN 830. Hornachos) y administrativamente pertenece al término municipal de Ribera del Fresno (Badajoz). De esta localidad dista apenas 10 Km. al Sureste y el acceso más directo al lugar es el que ofrece el camino que sale, a la altura del Km. 3, de la carretera local que une Ribera del Fresno con Hinojosa del Valle.



Para quien por vez primera se acerca al Cerro de Hornachuelos, éste se presenta como una referencia ineludible en el paisaje de suaves lomas que define la zona. Los giros y cambios de dirección que obliga a realizar el camino de acceso permiten al visitante contemplar perspectivas diversas de una elevación alargada, constituida por dos plataformas amesetadas de distinta altura, cuya máxima cota topográfica alcanza los 465 m. s.n.m. Dicha altitud, señalizada por un vértice geodésico del IGC, supone un desnivel medio entre la cima del cerro y el terreno circundante de unos 65 m.



De ascensión cómoda por su flanco este, el panorama que se divisa desde la cima resulta tan espectacular como ilustrativo del valor geoestratégico de este enclave. Hacia el Norte, la vista alcanza hasta el Valle del Guadiana, casi a 40 Km., en cuyo horizonte se recorta la silueta del Cerro del Castillo de Alange (485 m.) y,

algo más a la izquierda, el Cerro de las Cabezas (425 m.), en las inmediaciones del arroyo Valdemedel. Todo el Oeste, lo ocupa una extensa planicie, de un tono rojizo denso e intensamente sembrada de cereales, viñedos y olivares, que constituye el núcleo de la fértil comarca de Tierra de Barros. Al fondo y también a poco menos de 40 Km., dicha panorámica está limitada por un cordón de serretas azuladas del que despuntan los altos de Feria (812 m.), San Jorge (650 m.) y Los Santos de Maimona (590 m.).

VALLE DEL MATACHEL



Por el Sur y el Sureste, la mirada se encuentra con tierras algo más abruptas, en las que predominan los pastizales y algunas manchas de encinar. Entre una maraña de cerretes y cabezos, se abre paso el Matachel, retenido en el embalse de Los Molinos. Por último, el flanco oriental de Hornachuelos es, sin duda, el más atractivo desde el punto de vista paisajístico. En primer término, se abre la amplia vaguada del valle del Matachel, cuyas márgenes acogen campos de cultivo, pastizales y pequeñas huertas asociadas a cortijos y casas de labor que motean el terreno. Como telón de fondo, se alza el frente cuarcítico de la Sierra de Hornachos, constituido por los macizos de Pino (767 m.) y Sierra Grande (951 m.), en cuya falda se acomoda el pueblo homónimo de Hornachos. Al otro lado, en la trasierra, aún se conserva una tupida vegetación que acoge una importante reserva de especies autóctonas. Pero aparte de su potencial ecológico, el entorno de la Sierra de Hornachos concentra en su subsuelo una notable riqueza y variedad de recursos mineros (plata, cobre, hierro...) que resulta de especial interés para la explicación del poblamiento antiguo de esta zona.

LA PRIMERA OCUPACIÓN DE HORNACHUELOS

Las evidencias más antiguas de ocupación humana registradas en Hornachuelos se remontan a los momentos finales de la Edad del Cobre o Calcolítico (2000-1800 a. C.). Dicha etapa se encuadra en el período climático Subboreal, de carácter templado y húmedo en términos generales. El entorno paisajístico de entonces, reconstruido a través de los pólenes y los carbones recuperados, revela la existencia de una masa arbórea de quercíneas apenas alterada por el hombre. En las riberas de los ríos y arroyos principales, despuntaban fresnos, olmos, chopos y sauces. Los huesos de animales documentados reflejan una fauna característica de dicho paisaje: ciervos, liebres, conejos, zorros, perdices...



"Fondo de cabaña" excavado en la roca

Las estructuras y materiales de este período se localizan exclusivamente en la parte más alta del cerro. Los hallazgos se relacionan con un poblado fortificado, no muy extenso, acotado por una o dos líneas de muralla con bastiones semicirculares. En su interior, se levantaron construcciones de piedra de difícil interpretación y, sobre todo, cabañas de planta oval, semiexcavadas en la roca y alzados de ramaje manteados



Bastión o torreón semicircular



Percutores y fragmentos pulimentados

con barro. En algunos casos, se ha podido constatar que el hogar ocupaba una posición central. Los restos materiales asociados a estos primeros pobladores de Hornachuelos corresponden esencialmente a objetos líticos y cerámicos. En el primer grupo, se incluyen cuchillos tallados, percutores, fragmentos de hachas y azuelas pulimentadas, así como algunos molinos de vaivén. Por su parte, los recipientes cerámicos son cuencos, platos, ollas..., destacando un pequeño vaso campaniforme decorado con bandas impresas. Desde el punto de vista económico, las actividades agropecuarias, la caza y la recolección debieron garantizar la subsistencia de sus habitantes. La fauna doméstica está representada por ovejas, bóvidos, cerdos y caballos. En líneas generales, se trata de un tipo de poblado y un perfil tecno-económico bien conocido y sistematizado en la Cuenca Media del Guadiana.

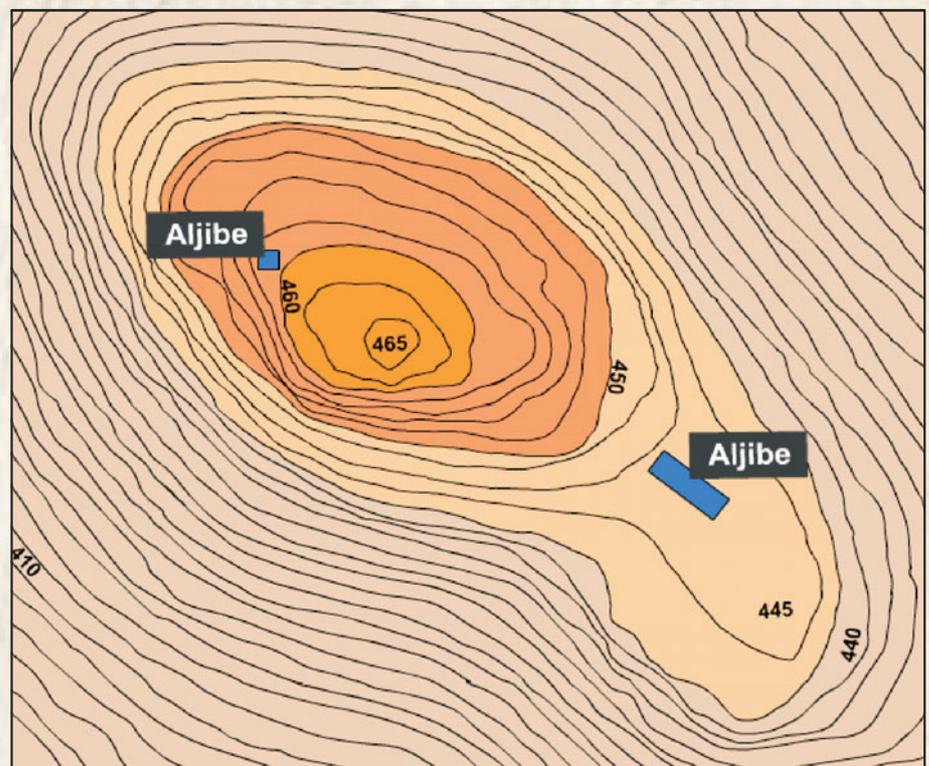
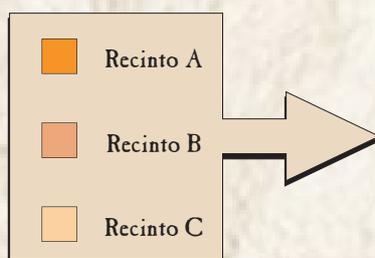


Vaso Campaniforme

Pero, como otras de su tiempo, la ocupación calcolítica de Hornachuelos concluyó con un incendio, que provocó el abandono del poblado en plena crisis del modelo social calcolítico.

Casi dos mil años más tarde, Hornachuelos conocería su más intensa y prolongada ocupación. Ésta tuvo lugar entre mediados del siglo II a. C. y finales del siglo I de la Era. En un ambiente climático subatlántico, caracterizado por fuertes contrastes pluviométricos, el entorno paisajístico de Hornachuelos debió ser ya muy similar al actual como consecuencia de la intensa intervención humana sobre el medio. A lo largo de estos siglos, Hornachuelos se muestra como un poblado de aproximadamente 5 Ha. de superficie y una compleja organización, que lo acreditan como uno de los *oppida* o ciudades fortificadas de la Beturia; denominación dada por los autores clásicos al territorio comprendido entre el río Guadiana y Sierra Morena en el siglo I de la Era. Aunque no podamos asegurarlo, es probable que se trate del *oppidum* de *Fornacis*, referido por C. Ptolomeo en su *Guía Geográfica*.

Los escarpes y taludes que muestra su topografía actual insinúan una organización del hábitat en tres recintos, dispuestos desde la cima hasta media ladera del cerro. Los dos recintos superiores (A y B) acotan el collado más destacado de esta elevación, mientras que el tercero (C) tiene su mejor definición en una explanada abierta en el flanco sur. El Recinto A, con aspecto de acrópolis, posee un eje máximo cercano a los 100 m. y una anchura media de 50 m. Su perímetro está definido por un bancal ataludado, coincidente en buena parte de su trazado con la curva de los 460 m. El Recinto B, que incluye al anterior, posee una longitud de casi 200 m. y una anchura máxima de unos 125 m. Su trazado se sitúa en torno a la curva de los 450 m. y, como en el superior, está remarcado por un fuerte talud visible a media ladera. Por último, la explanada sur del Recinto C, emplazada en el nivel de los 440 m., tiene un eje máximo de 125 m. y una anchura cercana a los 80 m. No obstante, no son los únicos escarpes que quiebran la topografía natural de Hornachuelos, como puede comprobarse especialmente en su ladera oriental.



Por otra parte, aún son visibles en superficie numerosos restos de casas, aljibes y construcciones diversas que igualmente dan idea de la entidad de este enclave en el pasado. En este sentido, una de las evidencias más espectaculares quizá sea el aljibe excavado en la roca del Recinto C. Sus dimensiones son 28 m. de longitud y 10 m. de anchura. Aunque se desconoce su hondura real, la profundidad media perceptible es de 2 m. Todo ello supone una reserva muy superior al medio millón de litros de agua, especialmente útil durante las épocas de asedio o para otros fines económicos. Este aljibe o cisterna debió formar parte de una compleja red hidráulica de la que tan sólo son visibles los canales tallados en sus ángulos y en sus lados mayores. En ciertos tramos, aún se aprecian los cimientos de un pretil de seguridad. En el recinto superior (A), se conserva otro aljibe más pequeño e irregular, pero más profundo que éste.



Restos constructivos superficiales



Aljibe excavado en la roca

EL SISTEMA DEFENSIVO

Como acabamos de ver, la defensa fue una de las principales preocupaciones de los habitantes de Hornachuelos. En este sentido, las excavaciones arqueológicas han confirmado que este enclave sufrió severas destrucciones a lo largo de su historia. La fortificación más antigua documentada es de mediados del siglo II a. C. Se encuentra en la falda norte y debió marcar en algún momento el límite del *oppidum* por este flanco. Consiste en un foso de perfil en U y un doble terraplén de cascajo, asociados a una muralla de piedra. Es un sistema defensivo comparable con los documentados tanto en los castros indígenas como en los campamentos romanos de este período. En la base del foso, se encontraron cerámicas campanienses que no remontan los comedios del siglo II a. C. A finales del siglo I a. C., el foso quedó colmatado y, sobre él, se levantó un nuevo muro defensivo con posible empalizada que, pese a su deficiente obra, se mantuvo en pie hasta el abandono del *oppidum*. Una construcción similar acotó, en la misma época, el recinto superior del poblado.



Excavaciones del foso (1990)



Niveles de destrucción del oppidum

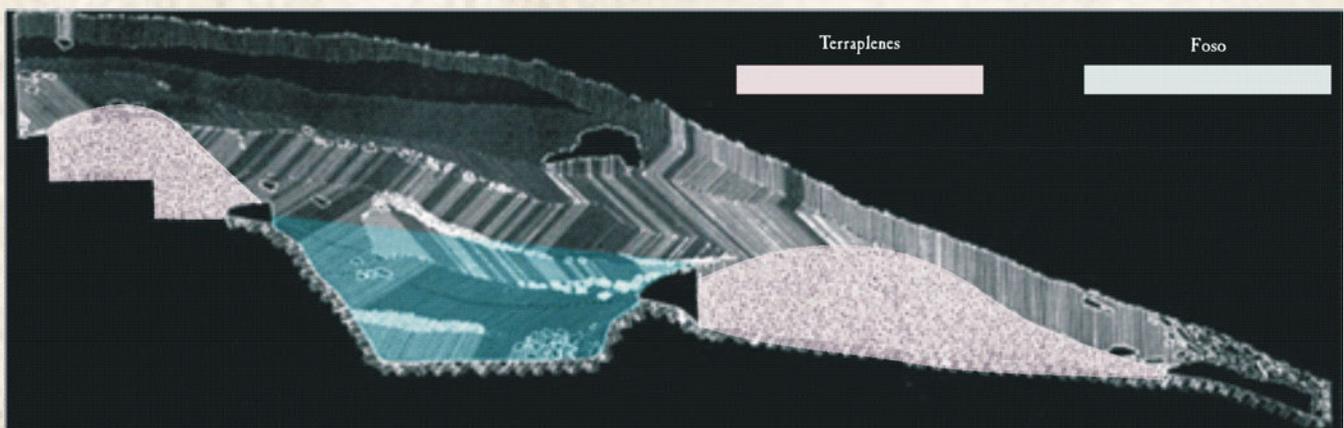


Muralla tardía del Recinto A



Balas de honda

Sección del foso



LASCASAS

Durante el siglo I a. C., la organización del hábitat en la parte alta del asentamiento se concretó en manzanas de casas adosadas, dispuestas en terraza y separadas por calles trazadas en sentido longitudinal del cerro. Dicha distribución permitió aprovechar al máximo el espacio construible. Respecto a las casas, todas fueron de planta angular y se cimentaron en zócalos de piedra sobre los que se levantaron paredes adobe. Las cubiertas fueron, en principio, de maderas y ramajes recubiertos con barro. A partir del cambio de Era, comenzaron a utilizarse las tejas romanas. Las fachadas de las viviendas se orientaron mayoritariamente al Este, con el fin de evitar los vientos fríos y húmedos del Norte y del Suroeste. Hay viviendas diferentes entre sí en cuanto a tamaño y número de habitaciones, relacionadas indistintamente con las tareas domésticas, el descanso y el almacenaje. En algunos casos, se documentaron hogares, poyetes de piedra, molinos rotatorios, hornos, bancos corridos... Un incendio provocó el desplazamiento de la población desde esta parte alta del cerro a la explanada del Recinto C, menos abrupta y más resguardada de los vientos difíciles. El único sondeo realizado en esta zona constató la existencia de viviendas de finales del siglo I d. C. con cubiertas de tejas romanas y atarjeas excavadas en la roca bajo los pavimentos.

Las estructuras y materiales recuperados en las casas ilustran aspectos de la vida diaria y de las principales actividades económicas del *oppidum*. La agricultura de secano, la ganadería extensiva y la caza aseguraron la subsistencia de quienes lo habitaron, pero el factor económico principal de este enclave fue el control y explotación de las galenas argentíferas de la Sierra de Hornachos. Aparte de las numerosas piezas y goterones de plomo (subproducto de la plata) encontrados, se han documentado trozos de mineral, una maza y un yunque relacionados con dicha actividad minero-metalúrgica. Quizá uno de los aspectos que mejor expresa la importancia



Vista del caserío desde el Norte (Recinto A)



Vista del caserío desde el Sur (Recinto A)



Poyete con molino (Recinto A)



Pileta



Vivienda con atarjea bajo el pavimento (Recinto C)

alcanzada por Hornachuelos es el numerario procedente de este lugar. Gran parte de estas monedas debió estar relacionada con la llegada a Hornachuelos de mineros y soldados romanos e hispanos desplazados desde distintos ámbitos y extrapeninsulares. El estudio numismático ha revelado, en primer lugar, una notable presencia de amonedación republicana, esencialmente argéntea, que a lo largo del siglo I a. C. dejó paso a las acuñaciones hispánicas. Las cecas hispanas mejor representadas son las de *Castulo*, *Obulco*, *Corduba* y *Carmo*, con un 63,5%; a continuación, se encuentran con un 17,5% las cecas celtibéricas de *Sekaisa*, *Titiakos*, *Belikion*, *Celsa*...; y, por último, con un 12%, la amonedación ibérica de *Kese*, *Saitabi*.. Aunque minoritarios, de gran interés resultan algunos hallazgos de *Dipo*, *Turriricina* y, sobre todo, un pequeño lote de téseras de plomo con signos púnicos, posiblemente de uso restringido en este enclave.



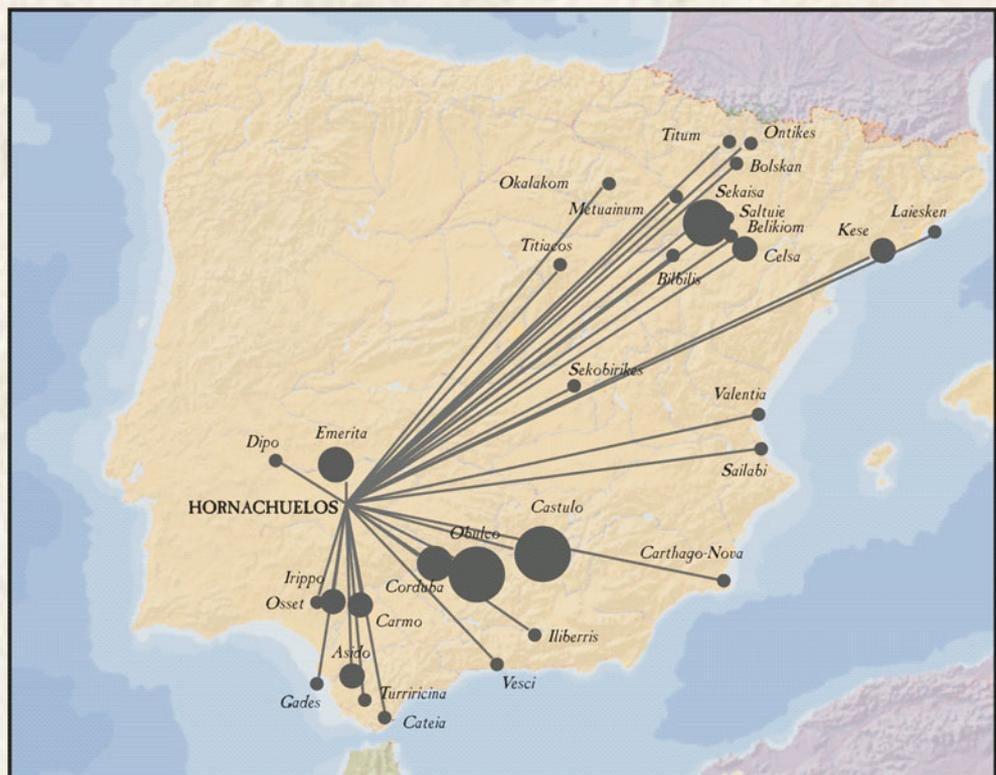
Taller metalúrgico



Maza, bolos de galena argentifera y yunque.

Monedas hispánicas en Hornachuelos

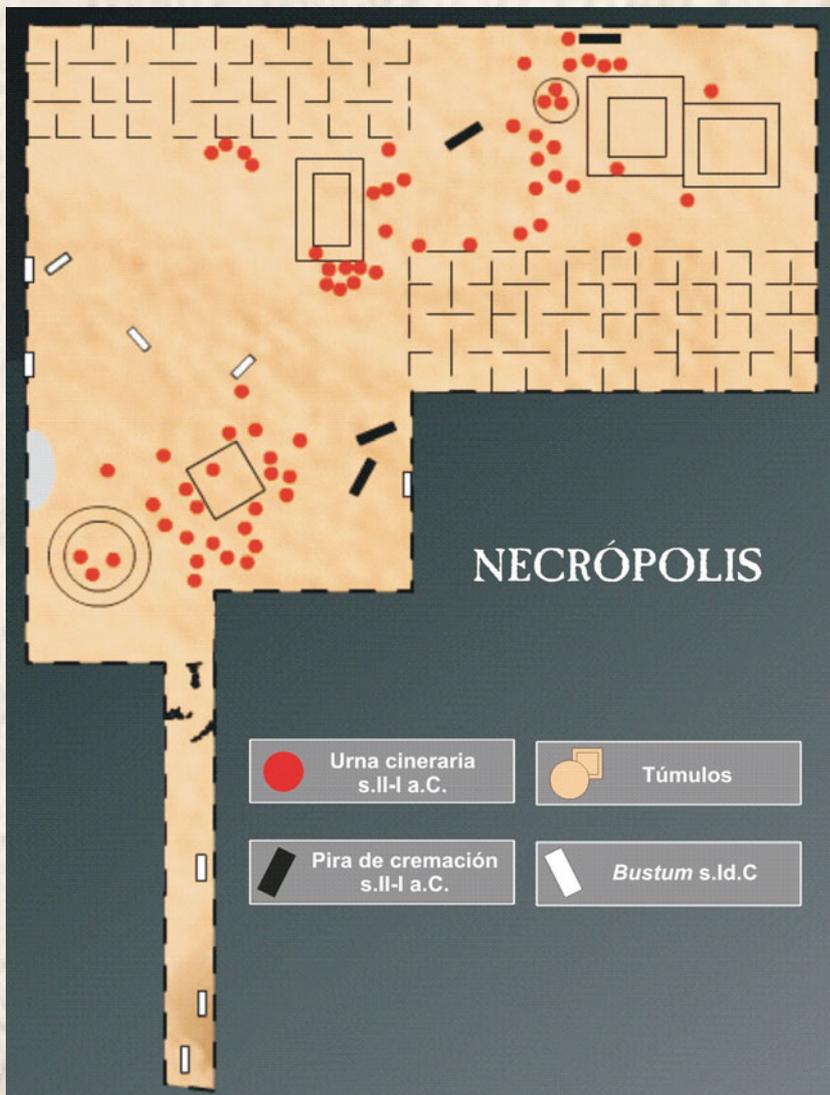
- 20-30 Ejemplares ●
- 12-16 Ejemplares ●
- 7-11 Ejemplares ●
- 2-6 Ejemplares ●
- 1 Ejemplar ●



LOS RITOS FUNERARIOS

La base arqueológica para el conocimiento de los ritos funerarios de los habitantes de *Fornacis*^(?) se encuentra en la necrópolis de "El Peñascón", a poco más de 200 m. al este del *oppidum*. El lugar elegido para su ubicación fue una pequeña loma de unos 200 m. que, en su extremo norte, presenta un afloramiento rocoso que da nombre al paraje. La excavación parcial de este espacio funerario ha permitido reconstruir la evolución de las costumbres funerarias entre mediados del siglo II a. C. y finales del siglo I d. C.

En un primer momento (siglos II-I a. C.), los ritos fúnebres comenzaban con la quema del cadáver en piras de leña de encima (*ustrinum*). Concluida la cremación, los restos del difunto y sus pertenencias (broches, pendientes...) se recogían en un paño o en una vasija de barro. Ésta, por último, se sepultaba en un hoyo previamente excavado en las proximidades de grandes construcciones de piedra (túmulos) de planta rectangular.



Panorámica de la necrópolis



Túmulo circular



Túmulo rectangular



Pira funeraria



Urna cineraria

cuadrada o circular. A veces, los restos simplemente se amontonaban en el sitio de su cremación y se protegían con piedras. Más raramente, los huesos se introducían en un hoyo. Alrededor de los túmulos de piedra, se fueron generando verdaderos círculos funerarios, reflejo quizá de vínculos familiares y de fórmulas de organización social de tradición indígena. En cuanto a las construcciones tumulares, epicentro de tales concentraciones funerarias, decir que algunas contenían cremaciones con pobres ajuares; otras estaban vacías, lo cual hace que se las valore como cenotafios o “tumbas de honor”.

A partir del cambio de Era, estas prácticas funerarias dejaron paso a otras que se prolongaron hasta finales del siglo I d. C. El cadáver se quemaba en fosas excavadas en la roca sobre un lecho de encina. Terminada la cremación, se introducían en la fosa ofrendas diversas contenidas en vasijas cerámicas, vidrios, armas... procedentes en su mayor parte de los mercados emeritenses. A continuación, todo se protegía con lajas de piedras o tejas colocadas a dos aguas. Por último, la tumba (*bustum*) se rellenaba con tierra y piedras. Aunque no se ha constatado, dichas sepulturas



Bustum excavado en la roca



Bustum sellado con piedras



Pendientes de oro



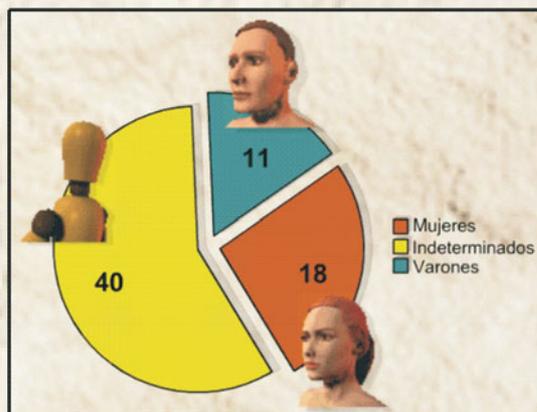
Ajuar funerario (s.I d.C)

Cetro o estandarte y fibula (s.II-I a.C)

quizá fueran señalizadas exteriormente con algún tipo de estela o lápida. Estos nuevos enterramientos remarcan el carácter individual del difunto por cuanto aparecen dispersos y alejados de los túmulos de piedra. De hecho, parecen representar la disgregación de las concentraciones funerarias y, por tanto, de las fórmulas de organización social de tradición indígena. En definitiva, la romanización.

El estudio de los restos óseos quemados ha revelado que la población sepultada en esta necrópolis tiene un carácter civil, ya que están presentes todos los grupos de edad y sexo. De 78 cremaciones analizadas, 11 son varones, 18 mujeres y 49 indeterminados. Los grupos de edad representados son: Recién Nacido: 3; Infantil (2-12 años): 10; Adolescente: 11; Adulto Joven: 23; Adulto: 23; Indeterminados: 8.

De las 78 cremaciones analizadas, los grupos de edad representados son los siguientes:



De las 78 cremaciones analizadas, los grupos sexuales representados son estos.

FORNACIS^(?) Y SU TERRITORIO

El control estratégico del valle del Matalchel y la explotación de los recursos agropecuarios y mineros de su entorno inmediato parecen justificar la importancia que este lugar adquirió en los albores de la presencia romana en esta zona. El interés por el control del Matalchel se explica porque, antes de la fundación de *Agusta Emerita* y del tramo sur de la llamada "Ruta de la Plata", este río debió de ser uno de los principales ejes de comunicación entre el Guadiana y el Guadalquivir. No debe ignorarse que, no lejos del nacimiento del Matalchel, se encuentra el *oppidum* de Azuaga (*Municipiun F.V.*) y, justo en su desembocadura, la fortificación de Alange. Entre ambos enclaves, se localiza Hornachuelos. Pero, aparte de estos grandes asentamientos, existieron pequeños núcleos satélites dependientes de los *oppida*, que reforzaron el control de esta línea NO-SE. En el área de influencia de *Fornacis*^(?), se han reconocido varios de estos peñones fortificados (El Cabril, Peña Mora, Castillejos...) que hacen aún más densa la red de dominio visual de este *oppidum*.

Por otra parte, el entorno de Hornachuelos ofrece un abanico de recursos económicos de cuya explotación dan buena muestra los estudios realizados. Los pólenes, los carbones y las semillas revelan tres unidades paisajísticas principales: un encinar muy abierto, con amplios pastizales para el ganado vacuno y ovicaprino; los árboles de ribera, que mantienen el fresno como especie mejor representada; y los campos de cereales, vides y olivos. Los animales más cazados siguieron siendo el ciervo y el conejo, aparte de otras especies salvajes habituales de los paisajes desarbolados como la liebre, el sisón y la avutarda. Pero no debe olvidarse que, aparte de dichos recursos, el subsuelo de la zona de Hornachos atesora un potencial minero-metalúrgico de gran valor estratégico.



El Cabril de Llera

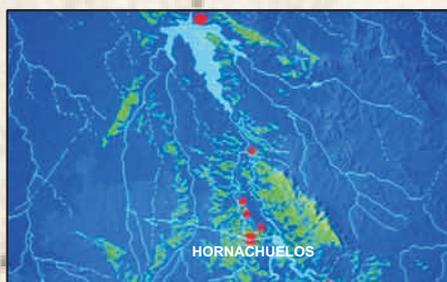


Los Castillejos de Hornachos

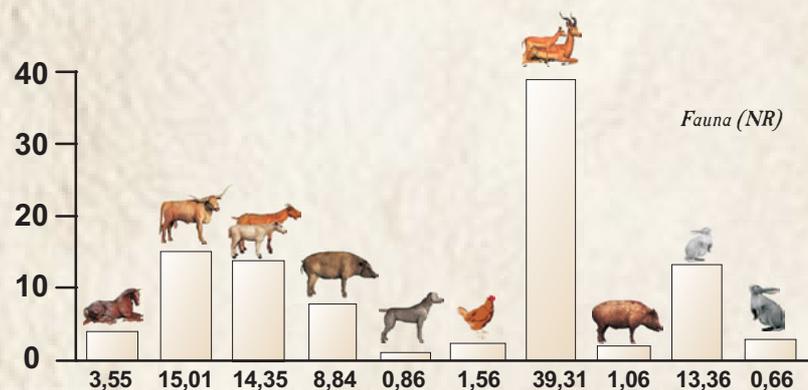


Encinar abierto

*Visibilidad desde
Hornachuelos y fortines satélites*



Zona no visible ■ Zona visible ■

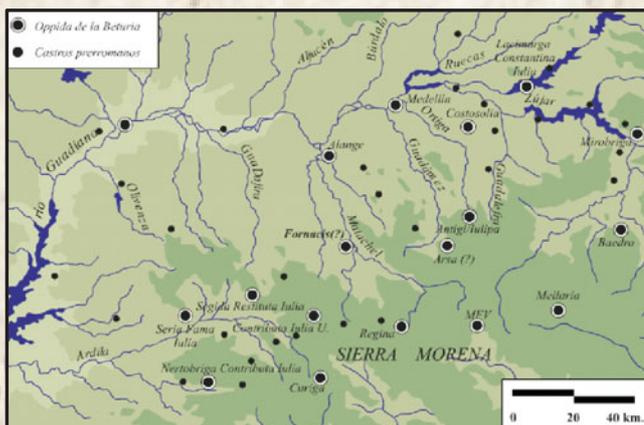


Pero la pacificación definitiva de este territorio tardaría en llegar y, además, el mismo proceso romanizador sufriría su particular crisis durante el siglo I a. C. con motivo de las luchas civiles entre Sertorio y Metelo (82-72 a. C.) y, algo más tarde, entre César y Pompeyo (49-44 a. C.). Aparte de las evidencias que los propios castros indígenas proporcionan de estos conflictos, tras los cuales muchos se abandonarían, la arqueología de este período tiene en nuestra región excelentes testimonios, como los del campamento romano de “Cáceres el Viejo”, identificado con *Castra Caecilia*; Medellín (*Metellinum*), fundada por Quinto Cecilio Metelo hacia el 79 a. C. para controlar el paso del Guadiana y, poco después, convertida en colonia para explotar su fértil valle; y la red de recintos ciclópeos de La Serena, que, ejemplificada en el de Hijovejo (Quintana de la Serena), refleja el férreo control militar y económico de una zona clave en el tráfico Guadiana-Gualquivir.



Hijovejo (Quintana de la Serena)

Precisamente fue, durante estos siglos de crisis y transición, cuando surgieron en la Beturia nuevos asentamientos que jugarían un papel clave en la reorganización territorial, económica, sociocultural e ideológica aparejada a la conquista y pacificación de este espacio. Se trata de los *oppida* o “ciudades fortificadas” de la Beturia, considerados por la investigación reciente como auténticos “pilares de la Romanización”. En dicho panorama, debe mencionarse en primer lugar la fundación de *Brutobriga*, de localización aún incierta. Plinio el Viejo, en su conocida obra *Naturalis Historia*, nos transmitió un listado con los nombres de los *oppida* betúricos más renombrados: *Seria*, *Nertobriga*, *Contributa*, *Curiga*, *Lacimurga*, *Regina*, *Arsa*, *Mellaria*... Pero junto a estos lugares célebres recogidos por la literatura grecolatina, existieron otros no menos importantes y con no menor significación en el proceso romanizador de la Beturia. Un ejemplo de estos *oppida* “anónimos” lo representa Hornachuelos, posiblemente la *Fornacis* turdetana de Ptolomeo.



Oppida de la Beturia



Gráfico cronológico

En época de César, al tiempo que se abandonaban o desalojaban los castros prerromanos, muchos de los *oppida* betúricos fueron promocionados a la categoría de municipios, como reflejan sus sobrenombres: *Seria*, llamada *Fama Iulia*; *Segida*, apellidada *Restituta Iulia*; *Nertobriga*, dicha *Concordia Iulia*; *Contributa*, cognominada *Iulia Ugultunia*, *Lacimurga*, renombrada *Constantia Iulia*... y, al norte del Guadiana, se fundaría la colonia *Norba Caesarina*. La trágica muerte de César en los famosos *Idus* de marzo del 44 a. C. truncó un proceso que, no obstante, sería continuado por Augusto y los emperadores flavios.

Todo ello debió convertir a los *oppida* de la Beturia en destino común de indígenas relocalizados de sus castros de origen, itálicos atraídos por las riquezas de los territorios conquistados, soldados y mineros procedentes de distintos ámbitos peninsulares. Un buen reflejo de dichos desplazamientos poblacionales promovidos por los romanos es el mapa de las cecas numismáticas constatadas en Hornachuelos: Guadalquivir, Valle del Ebro, Levante... En esa misma dirección apuntan los nombres grabados en algunas piezas cerámicas, como los de *Ablonios* y *Celtibera*, ambos celtiberos, registrados en *Capote* y *Mirobriga*, respectivamente. En Hornachuelos, tenemos constancia de un grafito con el nombre latino de *Placidi*, escrito en un plato recuperado en una de las tumbas excavadas de su necrópolis. En este mismo plano de transformación ideológica, cabría mencionar el descubrimiento en *Nertobriga* y *Mirobriga* de los primeros templos romanos. El mejor conocido es el de *Mirobriga*: un edificio de tres "espacios dobles" excavado en los años ochenta del siglo XX. En torno a construcciones como ésta debieron confluír y fundirse las divinidades indígenas y romanas y, a la larga, reorientarse los credos hasta entonces existentes entre célticos y túrdulos.

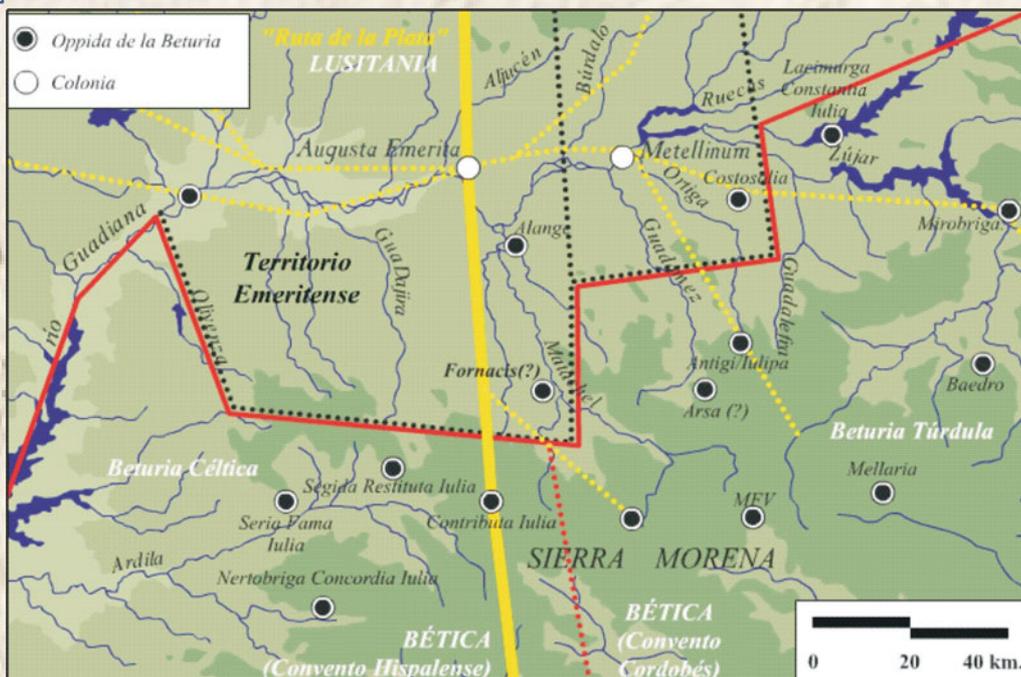


Teatro Romano de Mérida

Sin embargo, el antiguo protagonismo estratégico y económico de *Fornacis* ^(?) no se vería refrendado con su promoción municipal en el nuevo orden territorial romano. Una posible explicación de tal circunstancia pudo ser la fundación, hacia el 25 a. C., de *Augusta Emerita*, a unos 40 Km. aguas abajo del Machel, y la definición de su "territorio agrícola" en torno al Guadiana y la actual comarca de Barros. Poco tiempo después, tendría lugar la reorganización administrativa de la *Ulterior* en dos provincias: la Bética y la Lusitania, con capital en *Augusta Emerita*. La Beturia cayó del lado de la provincia Bética y sus *oppida* fueron adscritos a los *conventus* o distritos hispalense y cordobés. Alejados de la nueva calzada entre *Emerita* e *Hispalis* y del resto de caminos que fueron enlazando los territorios conquistados, los habitantes de Hornachuelos acabarían por abandonar el *oppidum* a finales del siglo I d. C. y repartirse por las numerosas explotaciones rurales que comenzaban a emerger en el "agro emeritense".



La Hispania de Augusto

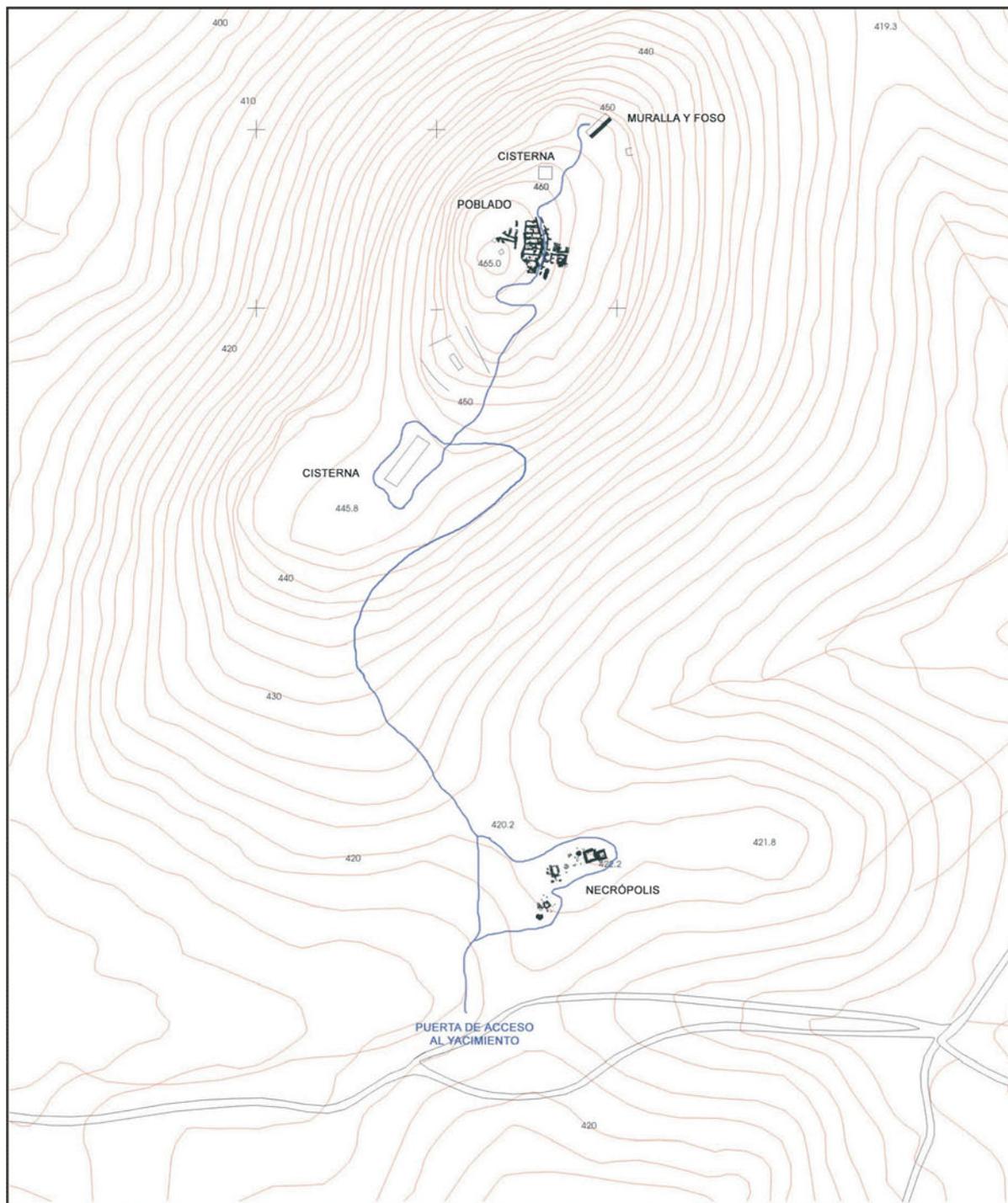


La Beturia en época de Augusto

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1995): *Celtas y Túrdulos: la Beturia. Cuadernos Emeritenses*, 9. MNAR. Mérida.
- BERROCAL RANGEL, L. (1993): *Los pueblos célticos del Suroeste peninsular. Extra 2. Complutum*. Madrid.
- (1998): *La Baeturia. Un territorio prerromano en la Baja Extremadura*. Ed. Excma. Diputación Provincial. Badajoz.
- BLÁZQUEZ CERRATO, C. (2002): *Circulación monetaria en el área occidental de la Península Ibérica. La moneda en torno al "Camino de la Plata"*. Montagnac.
- DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et fonderies antiques de la Peninsule Ibérique. Série Archéologique, VII*. Madrid. 2 vols.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. (1988-89): "Notas sobre la minería romano-republicana bajoextremeña: las explotaciones del plomo de la Sierra de Hornachos". *Anas*, 2-3. 123-133.
- (1990): "Estudio numismático del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)". *Series de Arqueología Extremeña*, 4. Cáceres.
- MALLON, J. y MARÍN, T. (1951): *Las publicaciones publicadas por el Marqués de Monsalud (1897-1908)*. Madrid.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, M. R. (1900): "Hornachos". *Revista de Extremadura*, XVIII. 548-555.
- MÉLIDA, J. R. (1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid.
- MONSALUD, M. de (1898): "Lápidas inéditas". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXII. 151.
- ORTIZ ROMERO, P. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1998): "Culturas indígenas y Romanización en Extremadura: castros, oppida y recintos ciclópeos". En Rodríguez, A. (Coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres. 247-278.
- PASTOR, M., PACHÓN, J. A. y CARRASCO, J. (1992): *Mirobriga. Excavaciones en el Cerro del Cabezo (Capilla, Badajoz). Campañas 1987-88*. Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1991): "Proyecto Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz): 1986-1990". *Extremadura Arqueológica, II. I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura*. 283-300.
- (1995-a): "Extremadura prerromana". *Extremadura Arqueológica, IV. Arqueología en Extremadura: Diez años de descubrimientos*. 91-122.
- (1995-b): "El problema de la Beturia en el marco del poblamiento protohistórico del Guadiana Medio". *Extremadura Arqueológica, V. Homenaje a la Dra. D^a Milagro Gil-Mascarell Boscà*. 157-175.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.

HORNACHUELOS: ITINERARIO DE VISITA



 ENTORN Estudios de Patrimonio Cultural i Medi Ambient, S.L.	Plano 1
YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE HORNACHUELOS, RIBERA DEL FRESNO (BADAJOZ)	EMPLAZAMIENTO SOBRE PLANO TOPOGRÁFICO
Escala 0 100 200	 N